

El educador cristiano entre la racionalidad y el silencio

PEDRO GIL LARRAÑAGA

En este comentario nos preguntamos por la persona del educador cristiano.

Debemos decir ante todo que, a veces, nuestro hablar sobre este tema confunde la realidad con los buenos deseos y dibuja una figura de educador cristiano dispensador de consejos infantiles, más piadoso que inteligente, servidor inerte de programas ajenos, ignorante de la novedad cultural, muy poco maestro.

Por eso necesitamos aclararnos, ante todo, sobre qué preguntamos al interesarnos por nuestro tema.

Pues bien, dentro de la pregunta por el educador cristiano encontramos estas otras tres: ¿Quién es? ¿Cómo es? y ¿Cómo ha de ser hoy?

I. ENCONTRARSE CON DIOS EN LA PROPIA HISTORIA

1. Es bien sencillo responder a las dos primeras cuestiones.

Educador cristiano es quien lleva a otra persona a encontrarse con Cristo.

Y no está de más observar que, en el fondo, solamente El cumple con esta definición. Solamente El Puede llevar a alguien a tal encuentro. Porque tal encuentro es fruto de la

gracia de Dios. Todos los demás a quienes podamos dar este nombre, por lo tanto, son nada más y nada menos que eso: posibilitadores de la gracia de Dios. No sus dueños.

Desde un principio encontramos por lo tanto algo bien definitivo. Sin miedo a la exageración, diremos que se trata del carácter sacramental del educador cristiano. El educador cristiano se presenta ante los hombres con la pretensión de ser mucho más de lo que parece: su propia persona es lugar del encuentro con Dios para su alumno. De otro modo queda en misión imposible su intento de «explicar» a Dios.

Desde un principio, por tanto, este aviso fundamental: cuando Dios anda de por medio, todas las palabras, si bien imprescindibles, son insuficientes. Todas nuestras definiciones, por tanto, deben quedarse a mitad de camino cuando entran en esta geografía. Quien se pretenda, en cambio, ya poseedor de la verdad sobre el tema, estará engañado.

2. De esta primera respuesta se deriva la segunda, el cómo.

Decimos que se es educador cristiano sirviendo para los demás de camino para llegar a Dios. Si nos preguntamos ahora cómo se vive esta definición, encontramos que: 1) El educador cristiano percibe en este mundo la huella de Dios; 2) Vive a la vez su relación con Dios y su relación con este mundo; 3) A partir de ahí, y siempre por la gracia de Dios, se atreve a enseñar a otros su mismo proceso.

Aquí otro dato fundamental: el educador necesita una gran fe en que Dios le espera encarnado en la realidad de este mundo. Por lo tanto, necesita vivir este mundo de otro modo a como se le habitúa desde los medios de comunicación de masas, desde las urgencias inmediatas, desde la magnitud a veces inerte de las organizaciones. Necesita percibir que las cosas no han de ser necesariamente como él las encuentra. Debe creer en la alternativa. Hoy, en concreto, necesita gran capacidad crítica.

Y necesita habilidad para hacer transparente todo esto a lo largo del proceso en el que su alumno vive este mismo camino.

3. La tercera pregunta puede ser más difícil de responder: cómo se ha de vivir hoy todo lo anterior.

En realidad sólo la tercera supone la respuesta válida a las dos anteriores.

Nos preguntamos cómo ser hoy aquello de «camino y puente».

Respondemos: se es educador cristiano viviendo y enseñando a vivir la dialéctica entre la racionalidad y el silencio, entre lo que se sabe y lo que se acepta, entre la conciencia y la esperanza, entre lo que somos y lo que podemos ser.

En este comentario trataremos de aclarar el significado de esta afirmación. Debemos buscar igualmente la relación entre la conciencia de esta dialéctica y el encuentro con la gracia de Dios.

II. TRIVIALIZAR ES LLENARSE DE RUIDO

4. La persona de todo educador se construye sobre estas tres realidades: el saber, la relación, la institución.

Educador o maestro es quien vive dedicado a enseñar unos contenidos (saber); a unos educandos, en una sociedad (relación); y dentro de una visión común de la vida (institución).

Al preguntarnos, por tanto, quién y cómo ser educador cristiano hoy, deberemos buscar por estas realidades que sustentan su persona. Deberemos preguntarnos si estas tres realidades pueden llevar a vivir la dialéctica aludida entre la racionalidad y el silencio. Y si haciéndolo así esas tres realidades pueden constituirse en puerta de Dios.

5. Hoy —tal vez, como siempre— estas tres realidades pueden vivirse de un modo incompleto, imperfecto, tal vez incluso superficial.

Entendemos que esa superficialidad anula el carácter dialéctico de la relación entre la racionalidad y el silencio. Y hace humanamente imposible el encuentro con Dios. Veamos.

Vivir de un modo no dialéctico el saber, la relación y la institución significa simplificar la vida, trivializarla. Significa reducir la vida a lo cognoscible.

Decimos que esa reducción trivializa porque la vida consta de conocimiento y aceptación. En la vida hay un «sector» de realidades que están bajo el dominio de nuestra comprensión o de nuestro análisis. Y en la vida hay otro «sector» que escapa a nuestra voluntad de dominarlo: es el mundo de todo aquello que no podemos sino aceptar, gozándolo o sufriendo tal vez, pero sin llegar a comprenderlo nunca.

Tal vez en la cultura de hoy haya factores que faciliten olvidar esas dos «mitades» de la vida. Tal vez, lo que ciertamente hay es una inflación o superabundancia de palabras, programas, organizaciones, movimientos, disputas de escuela, bibliografía, prisa... que lleva a muchos de entre nosotros a vivir como si sólo existiera el lado cognoscible de la realidad.

En este comentario entendemos que el educador cristiano es quien consigue estar lejos de esta trivialización de lo humano. Y acierta a enseñarlo.

Solo ahí puede hacerse presente la gracia de Dios.

Por todo ello decimos que hoy —tal vez, como siempre— necesita el educador cristiano recuperar el sentido de la aceptación, es decir, descubrir el silencio dentro de la racionalidad.

6. Este comentario podría ser la historia de cómo un maestro vive el encuentro con Dios.

Tal historia se construye sobre aquellos tres elementos (n. 4).

Tal historia corre el riesgo de disolverse en anécdotas, superficialidad (n. 5).

Entendemos, por descontado, que de ahí, de su propia historia, obtiene la comprensión de cómo ha de hacer para que su alumno a su vez viva tal encuentro (n. 3).

III. POCO A POCO LO DE MAESTRO PUEDE QUEDARSE EN NADA

7. Acercándonos al tema un poco lateralmente, decimos que hoy se da entre nosotros un distingo de dudosa utilidad: cultura religiosa y catequesis creyente.

Es un distingo tal vez más presente en sus divulgadores que en sus creadores, desde luego.

Este distingo puede llevar al disparate de creer que la palabra de Dios consiste en su simple sonoridad, en su forma escribible, en su programación rigurosa. Este disparate no es exclusivo de lo que llamamos educación de la fe. Afecta a todo lo que suponemos educación. Nos hace olvidar que nuestras palabras son un puente casi imposible entre nuestra boca que las pronuncia y nuestra experiencia que las vive.

Cuando alguien no percibe este puente pronuncia de hecho los mismos términos que quien lo percibe. Pero sus oyentes reciben cosas distintas.

Por eso, el distingo más importante que necesitamos tener en cuenta no se refiere al de «cultura» y «catequesis». Hay ciertamente una distancia entre la densidad del compromiso cristiano de una clase y la de un grupo catecumenal. Pero esta distancia es minúscula junto a esta otra: la que se da entre la reducción de la ciencia a palabras y la experiencia de vivir las palabras.

Cuando la ciencia se reduce a palabras, desaparece la cultura. No hay catequesis creyente, desde luego; pero es porque ni siquiera existe «cultura religiosa».

Es muy útil revisar desde este punto de vista los tres factores sobre los que se construye un maestro. Nos hablarán de reducciones tramposas y de verdades tal vez difíciles.

8. Consideremos el primero de los tres: el saber

El saber se refiere a las fórmulas, conceptos, contenidos, verdades. Se refiere a lo que el maestro enseña y además a cómo lo enseña.

Pues bien. Es fácil percibir cómo, en el fondo, bajo el saber hay siempre un concepto de verdad. Tanto que, en realidad, todo se reduce a tal concepto. Sí.

Básicamente hay dos modos de entender la verdad: como claridad y como felicidad. Así, habrá quienes entiendan que es verdad lo que está claro; y los habrá para quienes verdad signifique belleza.

Los dos conceptos no se oponen, se necesitan. Que la claridad sólo es tal cuando hace feliz; y la felicidad sólo es tal cuando da sentido a la pregunta de la vida. Por eso en realidad todo se reduce a cómo vivamos la verdad.

9. En un contexto cultural como el nuestro es fácil olvidarlo.

Es fácil confundir la verdad o el saber con la claridad.

A veces, sólo parece verdad lo que es lógicamente transparente, lo «matemático».

Entonces, por ejemplo, transmitimos —que no enseñamos— contenidos.

Entonces, aun cuando esos supuestos contenidos parezcan hablar de Dios, en realidad le cierran la puerta. Porque pretenden hacer de nuestro entendimiento la medida de Dios.

10. Cuando el maestro descubre que en la vida y en el saber la lógica se asienta en algo mayor que la lógica, descubre la admiración, se hace contemplativo. Es la marca de los silenciosos.

Entonces, el maestro es capaz de poner puntos suspensivos a todas sus palabras acerca de Dios, de sí mismo, de sus saberes.

No es fácil llegar a ello, viviendo como vivimos entre prisas o bajo la mole abrumadora de tantas programaciones. Pero hay un síntoma definitivo de tal descubrimiento: la llegada a la estética. Hoy y siempre, para ser honrado cultivador de la lógica, el educador necesita conocer la belleza. Sin ese plus de felicidad, su saber desaparece comido por el gusano de la inercia.

En cambio cuando no ha llegado a percibir ese más allá de la lógica que sostiene todos sus conceptos, vive en la trivialidad. Tal maestro podrá, desde luego, disfrazarse de programación, taxonomía, empirismo, ortodoxia, actualidad, cursillos... Sin embargo, quien le oiga, en un silencio al que nunca le dejará asomarse, le tendrá por vacío, brillantemente inútil. En el fondo de su alma sabrá que su maestro ha olvidado el silencio, ha confundido la vida con una especie de matemáticas muy elementales.

11. Respecto del segundo factor: la relación.

La relación se refiere a la dialéctica que hay entre la vida real y los programas.

En este caso necesitamos recordar que siempre debe haber una distancia entre la vida real y el programa. El programa debe ser sistemático, analítico, abstracto. La vida... Digamos solamente que en la vida no hay asignaturas, sino situaciones, problemas.

En el ministerio educador, bajo ambas cosas, uniéndolas, hallamos la realidad de la vida de unas personas concretas: las del alumno y el maestro, y las del entorno al que sirve la educación.

Por eso ambas realidades no se oponen. El programa trata de interpretar la vida y la vida debe sentirse acrecida por el programa. Entre las dos debe darse un juego cuya medida es la satisfacción de vivir que va naciendo en cada educando.

12. En un contexto cultural como el nuestro es fácil olvidarlo.

Es fácil limitar el hacer educador al servicio del programa.

A veces nos llega a parecer que sólo es científicamente importante nuestra programación.

Entonces, por ejemplo, transmitimos —que no enseñamos— sistemas ideales.

Aun cuando nuestros supuestos contenidos parezcan hablar de Dios, en realidad le cierran la puerta. Porque pretenden hacer de la letra impresa la medida de Dios.

13. Cuando el maestro descubre la persona concreta de su alumno, cuando le descubre situado, necesitado de un entorno y constructor de ese mismo entorno, descubre el misterio de la relación humana. Se hace servidor.

Entonces es capaz de crear su propio programa, de modo que en él quepa incluso lo indecible de la soledad, la comunicación y la esperanza humana.

Tampoco ahora es fácil decir cómo hacen los que llegan a ello. Pero también aquí hay un síntoma claro: cuando el maestro ha llegado a distinguir y relacionar a la vez el saber de cosas y el saber de personas. Hoy y siempre el maestro para ser honrado cultivador del programa, necesita experimentar que todo saber es saberse. Es decir: necesita percibir el misterioso y realísimo diálogo que se da entre nuestras habilidades, nuestro entorno y nuestra satisfacción de irnos poseyendo.

Cuando el maestro, en cambio, no ha llegado a percibir ese más allá del programa que es la vida en torno, vive en la trivialidad. Se disfrazará, tal vez, de profesionalismo: se enorgullecerá (tal vez, sin él mismo saberlo) imaginándose pertenecer a una clase distinta, la de los sabios. Andará por ahí pretendiendo decir a los demás lo que deben hacer. Pero su vida será profundamente inmadura: sabe sólo de cosas y desconoce a las personas. Vive perdido en la aparente sonoridad de lo racional hecho programa. Ha olvidado que los saberes y las lecciones, las organizaciones... son antesala de lo que verdaderamente nos importa.

Los que le oigan pensarán en silencio, compasivamente, que es la cruz inevitable de la profesión que él ha elegido. Y sin darse cuenta le harán seguir en la trampa porque nunca dejarán de preguntarle.

14. Respecto del tercer factor: la Institución.

«Institución» se refiere a que nada de lo nuestro es nuestro, sino de todos. Se refiere a que ninguno de nosotros es propietario ni constructor de su Visión de la Vida. Y aquí hay algo bien difícil de aceptar en nuestros días.

Nuestra Visión de la Vida, lo que llamamos nuestra Cultura, es una realidad mayor que nuestra capacidad de construirla. En el fondo, la recibimos, nos vamos adecuando a ella. Vamos empapando nuestros saberes con un específico sentido del futuro o de la esperanza

que nosotros no hemos construido. Ni siquiera lo construyen los demás, todos; ni los genios. De hecho es ese sentido de la esperanza quien nos construye.

Así, dentro de nuestras organizaciones educativas, hay otra dialéctica: esta vez, entre lo individual y lo común, entre la organización de cada día y la intención total.

Ese juego de presente y futuro, de lo instituido y lo instituyente, configura el alma de la institución. No lo entienden quienes en su escuela o en su Iglesia sólo ven un lugar inevitablemente organizado, racionalmente analizable.

15. En un contexto cultural como el nuestro es fácil olvidar todo esto.

Es fácil reducir nuestra pretendida cultura a simple organización diaria.

A veces vivimos como si nuestra organización fuera algo neutro, sin relación con nuestra capacidad de asumirla: la vivimos desde fuera de nosotros mismos, sin implicarnos en ella, utilizándola como refugio, más que otra cosa. La Visión común de la Vida, es decir, la Cultura, hecha institución, queda así reducida a su propia caricatura: de Visión sobre el sentido ha pasado o código de circulación.

Entonces transmitimos —que no enseñamos— simples «normas de educación», sistemas para evitar las agresiones, disfrazados de vocabulario científico. Es la seudocultura de una sociedad preocupada de hecho por cosas bien distintas.

Ocurre que nuestra palabra sobre Dios es inseparable de nuestra experiencia de la institución: nadie encuentra a Dios a solas, ni con la ayuda de sus exclusivas verdades. Sin vivir el misterio de la esperanza humana que subyace de sus exclusivas verdades, sin vivir el misterio de la esperanza humana que subyace a todas las instituciones, nuestras palabras se quedan sin raíz, sin eco interior, incapaces de trascenderse hacia dentro de sí mismas.

En nuestro contexto cultural, tan dado a menospreciar lo institucional, a veces tan ciegamente reductor de lo colectivo a simple agenda horaria, tan ridículamente endiosador otras veces de la pura apariencia y del instinto de poder, en este contexto es muy fácil hablar palabras opacas: son pura descripción de un presente individual.

16. Cuando el maestro descubre que la institución es más grande que todos sus miembros juntos, descubre el misterio de la historia.

Es también una sensación difícil de precisar. Son síntomas suyos: mirar al pasado con respeto, relativizar la última bibliografía, ser capaz de resumir en pocas frases la visión de la vida en una época, rastrear el devenir de las organizaciones, distinguir las palabras de las intenciones..., y el humor, que nace de la comprensión y no del despecho.

En el fondo, el maestro sabe que ha llegado a ello cuando se siente pertenecer.

Cuando el maestro, en cambio, no ha pasado del verbo poseer, desconoce el significado de todo esto: comunidad, paciencia, esperar, crítica, departamento, lenguaje, ciencia, co-

municación, oración, fe. Se reduce a una de estas dos trivializaciones: el descompromiso o la aceleración.

También ahora diremos que quien les oye distingue estas dos clases de maestros: los que viven por libre y los que forman parte de una tradición. Los primeros pueden a veces aclarar cuestiones; los segundos inspiran paz. Nuestra gente sabe muy bien que la paz está mucho más allá de la clarificación de los problemas de cada día. Puede incluso convivir con cosas no del todo entendidas.

IV. PORQUE NUESTRA FUENTE ESTA MAS ALLA DE NUESTRAS PALABRAS

17. Si repasamos lo dicho hasta ahora mismo encontraremos estos dos datos: primero, desde nuestra introducción, la referencia al «carácter sacramental» de la persona del educador cristiano y a su doble experiencia de vivir el mundo y vivir a Dios (nn. 1-3); después, leyendo en los 3 factores que le hacen educador, el modo dialéctico o bien trivial de vivir su misterio (nn. 7-16).

Ahora debemos dar un paso más en el diseño interior de quien se dice «educador cristiano».

Nos preguntamos, pues: ¿qué exige de su persona el vivir la dialéctica racionalidad-silencio? ¿Cuáles serían los rasgos de su identidad?

18. Digámoslo primero en síntesis: para llegar a la dialéctica indicada, el educador cristiano necesita vivir a la vez el esfuerzo y la aceptación.

Esfuerzo se refiere a capacidad de trabajo, de organización; apunta a la necesidad de verificar los resultados de su acción y a la crítica que dirigirá a su institución. El esfuerzo es, por así decirlo, una virtud «activa». Es lo primero que en nuestros tiempos vemos en la racionalidad.

Aceptación se refiere a capacidad de escucha, a la paciencia y al reconocimiento de la razón ajena; se manifiesta en los largos plazos que el maestro se pone a sí mismo y en el amor adulto con que obedece. La aceptación es una virtud «pasiva». Por eso en nuestros tiempos, activos, posesivos, nos cuesta vivir el silencio.

En realidad, esfuerzo y aceptación traducen aquello tan viejo del espíritu de fe y de celo que ha de vivir el maestro. Y subrayan que, sin uno de los dos, el otro es imposible. Como ocurre con la racionalidad y el silencio: se alimentan mutuamente.

Para recordarlo con su persona está el educador cristiano en este mundo.

Esfuerzo y aceptación se desglosan en cosas bien concretas. Tanto como la historia personal de cualquier maestro.

19. Ante todo: quien se quiera educador cristiano ha de ser bien consciente de que la paz de su vida no procede de su acción. Veamos.

El educador cristiano necesita sentar su paz interior, su serenidad, en algo superior o fundamentador de cualquier hacer esforzado y exitoso. No puede depender de su propia capacidad, sino de la fe en que Dios da el verdadero sentido o alcance a su misión. Necesita por eso buscar su visión de la lógica y la vida (nn. 9-11) en la contemplación del misterio de la vida.

En términos más concretos, esto le lleva a saber renunciar. Y hacerlo cordialmente. Renunciará, sí, al instinto de poseer los frutos de su trabajo. Eso es fácil. Sobre todo renunciará a la complacencia en su propia capacidad de trabajar y de interpretar la vida.

Que sólo los humildes conocen la paz.

20. Tal vez esta renuncia traiga connotaciones de ascética de otros tiempos.

Sin embargo, hay una gran sabiduría en aquello, por ejemplo, de la herejía de la acción. Los cristianos no están en el mundo primariamente para transformarlo, sino para despertar en los hombres la conciencia de Dios. Y esto exige dar un testimonio de silencio; no sólo de actividad.

Nuestra gente sabe muy bien que desde el diluvio hasta hoy ha llovido mucho, que todos nos iremos sin haber dejado atrás la perfección del mundo, que los dictámenes de los más sabios hay otros sabios que los enmendarán. Por eso, aunque parezca ir contracorriente, no lo es hablar del silencio, de la renuncia, de la distancia.

Todo lo contrario. Es realismo. En el fondo nos da la primera gran medida de la adultez, en cristiano, en educación o simplemente en humano: sólo crece quien renuncia a la posesión del gozo de amar. Los maestros experimentados lo saben.

21. Si de nuestro planteamiento de la lógica y la vida obtenemos esta concreta comprensión de la renuncia, de la relación programa-entorno (nn. 12-14) llegamos a un concepto complementario. En este caso, la verificación, el servicio.

Cuando el maestro percibe la distancia entre el saber que se vive y el saber que se enseña, siente dentro de sí la exigencia de lo eficaz.

Siente que su ciencia debe llevar a transformar su entorno. Y esto le hace empírico, analista, evaluador. Analiza lo más desprejuiciadamente posible las necesidades y las satisfacciones. No se contenta con describir el presente, sino que se aventura programando para mañana.

Si. Es el espíritu de celo, la fuerza de los pacientes. Por encima de todo, por encima incluso de sí mismos, ellos creen que los cambios son posibles.

22. Tal vez esto de la verificación resulte más próximo a nuestras consignas habituales. Es habitual llamarnos a la eficacia, a la visibilidad en los resultados.

No es tan habitual, sin embargo, interpretar el servicio de un modo humano, personal.

Por chocante que parezca, diremos que muchas veces nuestra comprensión del servicio apunta más a la perfección del sistema que a la felicidad de las personas. Ocurre que nace de la idea más que de las relaciones.

Así, el criterio de la eficacia a la que nos referimos reside tanto en el enriquecimiento del vocabulario o en la mejora de las actuales condiciones de vida, cuanto en la capacidad de crear vocabulario o de adecuarse al futuro. La eficacia, en el fondo, sólo es evaluable desde la capacidad construida, no desde los resultados palpables.

Y esto sólo llega a conseguirlo quien mira a la persona, no a las ideas. La madurez no está en trabajar porque hay que trabajar, sino en hacerlo por amor. Sólo entonces se está atento a la verdadera ciencia, porque sólo entonces se comprende el absurdo lógico de tantas veces en que buscamos no la comodidad, sino el afecto.

23. También de nuestro tercer factor se deriva una consideración importante en esto del esfuerzo y la aceptación. Al decirlo tratamos de concretar aquello tan abstracto sobre la institución (nn. 15-17).

Algo que en nuestros días falta muchísimo es el convencimiento de los experimentados, su asumir que han de ser ejemplo.

Se refiere este tema a este hecho: si nos cuesta vivir el misterio de lo colectivo es en buena parte porque nos faltan personas de referencia. Cuando en la organización hay, más que disciplina, admiración por la riqueza de vida de los mayores, entonces la organización se hace institución.

24. Ocurre, en cambio, que nuestros tiempos nos han hecho mirar a los anteriores como pertenecientes a un mundo distinto.

Los medios de comunicación nos han hecho caer en la trampa de confundir lo cuantitativo con lo cualitativo. Vivimos casi convencidos de que tanto somos cuanto tenemos. Y así, al considerar la indigencia de hace bien poco, consideramos meros aficionados a los profesionales que nos han precedido. Nuestros libros nos han llevado a olvidar que también en otras circunstancias organizativas había hombres maduros. Sí, porque muchos de nosotros, ingenuamente, imaginamos que sólo con la modernidad se ha llegado a la madurez. Cuando pensamos así no hemos entendido nada: ni la ciencia, ni la modernidad, ni la permanencia de las instituciones.

Entonces, por un lado, desconocemos el paso de los años en nuestros mayores. Nos privamos a nosotros mismos de raíces, de puntos de referencia. Pero además, por otro lado, aquellos mismos que podrían enseñarnos llegan a creer que no pueden hacerlo. Renuncian a su misión, se desimplifican del proceso, viven un curioso complejo de inferioridad.

V. LA ILUSION DE SER NUESTRO PROPIO DUEÑO

25. Para ser educador cristiano hoy —tal vez como siempre— se necesita vivir la dialéctica entre la racionalidad y el silencio, decimos.

Decimos que tal dialéctica exige del educador cristiano sentido de la renuncia, de la verificación y de la ejemplaridad.

Y, detrás de todo, aquello fundamental del sentido del esfuerzo y de la aceptación.

Pero debemos ser más concretos. La historia del encuentro del maestro y Dios da mucho más de sí.

26. Por ejemplo: para vivir aquel sentido de la renuncia, el educador cristiano necesita hacerse consciente de la dialéctica entre la implicación y la distancia. Parece abstracto pero no lo es. Se refiere a algo que todos llevamos dentro.

Es propio del maestro nuevo el ardor. El maestro nuevo no distingue entre su persona y su ministerio. Entiende que él no será nada si su trabajo no le va construyendo por dentro. Rechaza considerar lo suyo como un oficio del que su yo estuviera ausente. Así toma como bien propio el interés, el trabajar y el aprovechamiento de sus alumnos. Casi, casi, al evaluarles se evalúa a sí mismo: es él mismo el sujeto y el objeto de su acción.

El maestro nuevo, así, resulta entusiasta, ejemplar, renovador, sin horas bastantes... y tal vez sin entidad bastante.

El maestro ya no tan nuevo nunca abjura de su primer principio, aquel que le hacía inseparables su persona y su ministerio. Pero va hallando la distancia: va viéndose, como es lógico, el único que se repite en aquella aula año tras año. Siente que si su acción compromete a su persona, su ciencia poco a poco va teniendo menos que enseñarle. Entonces se distancia.

Ha aprendido a programar para el otro, a escuchar, evaluar.

27. En nuestros tiempos, en concreto, necesitamos confiar en que el encuentro con Dios no es tan nuevo.

Necesitamos confiar en que tal encuentro se da más por obra Suya que nuestra. Así nos hacemos capaces de relativizar de verdad toda nuestra ciencia y dejamos de angustiarnos por la novedad.

Porque entre nosotros los hay, y muchos, que difícilmente pasan de vivir a caballo de cada novedad. No tienen tiempo ni calma interior bastantes para confiar en su propia experiencia tanto al menos como en la última corriente metodológica. No creen en Dios, sino en las editoriales.

Hasta cierto punto es explicable. La experiencia vende menos libros y cursillos que la novedad. Por eso se habla más de ésta que de aquélla.

Si sólo fuera un dato sociológico, lo habríamos callado. Pero afecta al corazón del educador: quien no cree en el misterio de su propia paternidad no es bueno para esto de educar la fe.

28. Curiosamente la urgencia de cada novedad hace que el educador cristiano carezca a veces de verdadera capacidad crítica. De puro estar al día no está en ningún sitio. Y aquí volvemos a encontrarnos con la dialéctica entre el programa y el entorno.

Vivir a caballo entre la racionalidad y el silencio exige aceptar el juego que se da entre nuestra suficiencia y la crítica, entre el yo y el nosotros.

Normalmente la mayor causa de la trivialización en el ministerio educador proviene de que no se llega a percibir las voces del entorno poniendo en tela de juicio cuanto vive la escuela. Se diría, muchas veces, que vivimos «clausurados» en nosotros mismos.

Y no se percibe tales voces cuando se atiende más a la novedad que a la fidelidad.

29. Cuando la novedad prima sobre la fidelidad, la fe se hace imposible.

La novedad se refiere a las ideas; la fidelidad a las personas. Por eso la novedad lleva a sobrevalorar el yo, la propia suficiencia; y la fidelidad, el nosotros, la escucha.

Dios, desde luego, no habla desde las ideas, sino desde el compromiso. Porque las ideas llevan a la claridad, tienden a encerrarnos en su propia inmanencia. El compromiso, en cambio, acaba siempre en la admiración y en el sobrecogimiento ante lo personal y el misterio de lo que nos trasciende.

Conviene recordarlo en días como los nuestros, cuando nuestras imprescindibles urgencias pueden ser presa codiciada de cualquier manipulador social. A veces, así, el llamado clasismo económico, el servicio y apego a la riqueza económica, puede estar dejando el testigo a otro, mucho más grave: el servicio y apego a nosotros mismos, ilusoriamente ricos en la última técnica.

El anterior juego de la implicación y la distancia se llama ahora suficiencia y crítica, las dos con «auto» por delante.

30. Mirando bien todo lo anterior encontramos que la fe sólo es posible cuando se vive a la vez en la estabilidad y en la esperanza. Y son, como hemos recordado, el alma de la institución.

Lo repetimos ahora para subrayar que la institución, en educación, se alimenta de nuestro modo de vivir el saber y el entorno.

La institución, en educación, no se construye básicamente, como apuntan los últimos conceptos de la bibliografía y la política, sobre la congestión y los consejos de centro o de

aula. Así, mientras la participación en la gestión no afecte a la ciencia y al entorno, los nuevos organismos de gestión serán inútiles, desaparecerán por aburrimiento.

De la ciencia y del entorno recoge la institución un determinado sentido de la estabilidad y de la esperanza, es decir, de su voluntad de «poseerse» y su conciencia de vivir... Lo recoge y se organiza a su servicio.

Así, al educador concreto no le llega tanto un programa de reuniones, elecciones, actividades, sino un sentido de la vida. La institución pone en su vida algo que él mismo no alcanzaría. Por sí mismo no puede llegar al sentido justo de la fidelidad, de la contemplación, del compromiso, de la renuncia.

Cuando el educador cristiano llega a percibir todo esto mira con otros ojos a su institución, llámesele escuela, parroquia, Iglesia.

VI. DAR AL SILENCIO NOMBRE DE PERSONA

31. Habíamos comenzado preguntándonos quién es y cómo ha de ser hoy el educador cristiano.

Para responder hemos ido recorriendo una y otra vez los tres factores sobre los que se construye su persona: la ciencia, la relación, la institución.

A cada paso hemos ido encontrando la dialéctica entre el saber y el aceptar. La hemos subrayado para indicar cómo en ella se abre para el educador cristiano la puerta de Dios.

Dios se llamaba, en nuestro comentario, lógica y estética, contemplación, compromiso, servicio, personas concretas, ejemplaridad, pertenencia, posesión y esperanza, autosuficiencia y crítica, comunidad, racionalidad y silencio.

Decimos que quien le vive así tiene la clave para hacerle visible ante otros. Sólo necesitará atreverse a dar nombre de persona a quien le llama diariamente detrás de tanto concepto abstracto.

Porque a veces lo abstracto, con su indefinición, puede no ser el refugio de los inoperantes sino el reconocimiento humilde de que Dios es más grande que nuestra conciencia.